

NUEVA BIBLIOTECA COLOMBIANA DE CULTURA



UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE CIENCIAS
5612
CENTRO DE DOCUMENTACION

199.861
F488 f
y. 4

005612

LA FILOSOFIA EN COLOMBIA

SIGLO XX

Compilación

RUBEN SIERRA MEJIA

PRO-CULTURA S.A.

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

NUEVA BIBLIOTECA COLOMBIANA DE CULTURA

© Procultura S.a.

1985
Primera Edición
PROCULTURA
Bogotá - Colombia

INDICE

	Página
RUBEN SIERRA MEJIA: Prólogo	9
RAFAEL CARRILLO: Filosofía del derecho como filosofía de la persona (1945)	15
CAYETANO BETANCUR: Imperativo y norma en el derecho (1968).....	51
LUIS E. NIETO ARTETA: Ontología de lo social (1953).....	67
JAIME VELEZ SAENZ: La función de las categorías en la ontología (1978)	85
DANILO CRUZ VELEZ: Nihilismo e inmoralismo (1972)	101
RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT: Hegel. Notas heterodoxas para su lectura (1968)	125
DANIEL HERRERA RESTREPO: Hombre y filosofía (1970).....	139
FRANCISCO POSADA: Vanguardia y arte realista (1969).....	175
ESTANISLAO ZULETA: Marxismo y psicoanálisis (1964).....	203
GUILLERMO HOYOS VASQUEZ: Fenomenología como epistemología (1978).....	229
<i>Notas bibliográficas</i>	249

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
BIBLIOTECA

PROLOGO

RUBEN SIERRA MEJIA

Vale la pena, como introducción a una selección de textos filosóficos contemporáneos escritos en Colombia, hacer algunas observaciones sobre las circunstancias que han determinado la actividad filosófica en nuestro país y señalar la ruptura que la separa de lo hecho en este campo en épocas anteriores. No se trata con esto de indicar las causas de un determinado pensamiento o de la popularización en nuestro medio de una determinada filosofía: es algo más general y, aun podríamos decir, más vago.

Empecemos por reconocer que apenas sí habría posibilidad de reseñar una actividad que en gran parte ha permanecido marginada del desarrollo cultural colombiano¹, y que en la mayoría de las veces es inferior en calidad a sus demás manifestaciones intelectuales. Es cierto que en la Colonia estuvo en el centro de la enseñanza superior, pero no pasó de ser una actividad pedagógica sin ningún asomo de originalidad o siquiera de una expresión personal en el tratamiento de los temas. Y también es cierto que durante el siglo XIX, sobre todo en el momento de la formación de los dos partidos políticos tradicionales, la argumentación filosófica, en ocasiones sobre temas eminentemente académicos, ejerció un papel ideológico determinante en la delimitación de los programas de esos mismos partidos. Pero también allí la filosofía en cuanto tal perdía su naturaleza teórica para adquirir una función pragmática inmediata.

Puede decirse que algo nuevo surge a partir de la década de 1940 con la aparición en nuestro medio del cultivo universitario de la filosofía y de cierta producción filosófica que se enmarca dentro de corrientes contemporáneas como la fenomenología o la teoría pura del derecho. Si se nos permite hablar con alguna ligereza de ruptura, debemos situar ésta en el trabajo que se realiza en esos años. Pero esa ruptura no hay que entenderla únicamente como un cambio de doctrina, como una renovación en los temas de interés filosófico, sino fundamentalmente como un cambio de actitud.

¹ Para una reseña histórica de la práctica filosófica en Colombia durante el período que cobija este volumen, véase nuestro estudio "Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX", en *Ensayos filosóficos*, Bogotá (Colcultura), 1978.

Un cambio de actitud, pues ahora se entiende que la filosofía es un campo del saber que requiere del estudio de su historia, del dominio de sus categorías y conceptos, de un manejo de su metodología o metodologías, y sobre todo que es una disciplina a la que hay que llegar desprovisto del temor a perder la fe. Recordemos que durante las primeras décadas de este siglo, mientras en otros países latinoamericanos se empezaba a hacer filosofía, en especial filosofía moderna, con base en una crítica al positivismo decimonónico, en Colombia se hacía un tomismo elemental y cerrero. La filosofía no debía ser sino un instrumento racional de la fe. Así que la reacción antipositivista fue entre nosotros una reacción frente al pensamiento moderno, y tuvo más un carácter religioso que auténticamente filosófico. Rafael María Carrasquilla, que llegó a ser la figura dominante durante las primeras décadas de este siglo, condenaba a la física, por ejemplo, a someterse a las verdades teológicas. Y si Marco Fidel Suárez refutaba al positivismo, utilizando en ocasiones argumentos que hoy han cobrado, desde otros ángulos, nueva vigencia, lo hacía sin embargo porque según él aquella filosofía se identificaba con el "materialismo ateo". Fueron por lo demás épocas de una supina ignorancia filosófica. Aun escritores como Luis López de Mesa, a quien debemos algunos impulsos renovadores de la cultura colombiana, en sus incursiones por terrenos filosóficos deja percibir sus escasos conocimientos en la materia y su ingenuidad en la apreciación de doctrinas filosóficas contemporáneas: la tesis heideggeriana de que el hombre es un ser para la muerte, se convierte, por ejemplo, en su interpretación en una versión innecesaria del lamento popular de que todos estamos condenados a morir. Por otra parte, un falso anhelo de darle estirpe a nuestro pasado cultural, llevó al profesor López de Mesa a apreciaciones exageradas de modestas obras escritas en nuestro país, como cuando ve un anticipo de la teoría del infinito matemático de Cantor, en las consideraciones sobre el infinito de José de Urbina, fraile de la colonia colombiana que al respecto seguía doctrinas ortodoxas del pensamiento escolástico².

Esa ruptura que nos ocupa fue más bien un empezar de nuevo antes que una reacción violenta frente a lo existente. Los filósofos colombianos que iniciaron el proceso del pensamiento contemporáneo simplemente dejaron de lado lo que encontraron en nuestra tradición. Por lo demás, puede decirse que el neotomismo impuesto por Carrasquilla ya era cosa muerta, aunque todavía se manifestaba en la defensa de ciertas doctrinas como la del derecho natural. Las circunstancias favorecieron a la nueva actitud del filósofo colombiano. En primer lugar, el auge de la industria

² En ese clima trabaja en Barranquilla, marginado de la vida nacional, Julio Enrique Blanco, quien se había educado en Europa logrando una sólida formación filosófica. Su obra, de escasa repercusión en el país, se aparta por sus temas y por el rigor con que los trata, del resto de trabajo filosófico realizado en Colombia antes del período que cubre esta selección.

editorial en los países hispanoamericanos que inició la divulgación masiva del pensamiento europeo contemporáneo, y en segundo lugar, el impacto que ejerció entre nosotros la figura de José Ortega y Gasset, crearon un clima propicio para la recepción de la filosofía del siglo XX. A estas coordenadas externas, habría que agregar que en el interior las reformas educativas, ejecutadas por el liberalismo, en el poder desde 1930, permitieron un ámbito favorable para el estudio universitario de nuevas formas de pensamiento distintas al neotomismo. En el caso de Ortega y Gasset, su contribución al cambio de mentalidad filosófica hay que entenderla no sólo por la influencia de su pensamiento sino sobre todo por las incitaciones que provocó y por la apertura hacia la filosofía contemporánea, en especial alemana, que significó su obra filosófica y su tarea de publicista desde la *Revista de Occidente*. El filósofo español constituyó el puente para el conocimiento de la fenomenología de Husserl y en especial del pensamiento axiológico de Scheler, quienes fueron los filósofos, junto con Hans Kelsen, que más influyeron en nuestro medio en los primeros años de la actividad filosófica que se recoge en este volumen. En cuanto a Kelsen, merece especial atención por lo que significa su influencia en esos orígenes, pues la teoría pura del derecho representó un eficaz instrumento con el cual la ideología liberal se opusiera a la concepción del estado y del origen del derecho que había inspirado a la tradición jurídica del país. El pensamiento kelseniano se oficializó prontamente en la nueva universidad colombiana, pero hay que advertir que con cierta resistencia por parte de los representantes del jusnaturalismo.

Aquel cambio de actitud que caracteriza a la ruptura de la práctica filosófica en Colombia, ha permitido tomar a la filosofía de una manera autónoma, con problemas propios y sin una función pragmática inmediata. Se trata ahora de un trabajo profesional y académico que se manifiesta ante todo como actividad eminentemente profesoral, ya que ha sido en la vida universitaria donde ha encontrado su primera motivación nuestra producción filosófica. Es ello la consecuencia de la carencia de fuentes de trabajo intelectual distintas a la que ofrece la cátedra: ausencia de editoriales, de periodismo cultural y científico, de institutos de investigación, etc. Quizás también debemos ver en esta circunstancia la causa principal del marginamiento del trabajo filosófico colombiano del resto de manifestaciones culturales y de su escasa influencia en la vida nacional.

Aunque no hay que considerar esa limitación de su campo de trabajo del todo negativa para el filósofo colombiano, pues ha sido su desempeño como profesor lo que le ha permitido asumir su oficio como una profesión, hay que considerarla sin embargo como el origen de su inestabilidad laboral. Sometida como ha estado la universidad colombiana, en particular la oficial, al control político de los gobiernos de turno, no se le ha permitido la autonomía suficiente como para que el filósofo se pueda

sustraer a una eventual acción arbitraria del gobierno. En la década de 1950, ese control político discontinuó el trabajo filosófico en la universidad colombiana por razones eminentemente ideológicas. Se propuso entonces regresar al pensamiento escolástico, alegándose que en él estaban las raíces de nuestra identidad cultural.

La situación afortunadamente varió en la siguiente década, cuando pudo recuperarse el impulso universitario a los estudios filosóficos. Hoy no podemos desconocer el interés que, en los últimos años, se ha despertado en Colombia por la filosofía: es éste un fenómeno de indudable significación en nuestra vida cultural y en especial académica. Es cierto que esta disciplina aun no ha logrado la aceptación pública que ha alcanzado dentro de las élites intelectuales de otras sociedades con una trayectoria científica y literaria de las cuales nuestro país no es término para ninguna comparación. Pero ya no es la ocupación de las horas de ocio de aficionados sin adiestramiento en el manejo riguroso de los conceptos y sin unos conocimientos básicos de la historia de la filosofía. Puede decirse que ahora es un oficio normal de nuestra vida civil. Al decir que es un oficio, queremos referirnos justamente a la actitud del filósofo frente a su disciplina: se trata de una actitud de responsabilidad profesional, que no se permite concesiones relativas a la información y al rigor metodológico en el tratamiento de los temas, lo cual quiere decir que se procura al menos eliminar la improvisación en el trabajo filosófico. No se busca primordialmente la originalidad, pues se sabe que ésta no es cuestión de voluntad sino de talento, y que aun estamos en una fase que tiene como tarea fundamental echar bases para una tradición que quizás genere algún día obras verdaderamente revolucionarias.

Dentro de este nuevo clima favorable al cultivo de la filosofía, llama la atención el amplio espectro de corrientes filosóficas representadas en Colombia. El interés profesional de la filosofía no se limita ahora a unos cuantos pensadores, promovidos por editoriales latinoamericanas como sucedía en el pasado, sino que va desde la fenomenología, cuyo cultivo lleva varias décadas, hasta la filosofía anglosajona, tradicionalmente ignorada o mirada despectivamente entre nosotros. Este amplio espectro está permitiendo una convivencia de pensamientos contrapuestos, lo que favorece por lo demás la discusión académica entre las escuelas. El juego campal de las ideas tendrá irremediabilmente como resultado la necesaria desdogmatización del pensamiento, que es una condición para que la cultura, y en especial la filosofía, puedan dar el fruto crítico que les ha sido peculiar en sus épocas de mayor esplendor.

Hubiéramos podido, en concordancia con lo anterior, ampliar esta antología con otros textos que mostraran al lector lo que en la actualidad se está haciendo en el campo de la filosofía: hubiésemos podido incluir entonces representantes de otras corrientes filosóficas como la filosofía analítica, la hermenéutica, el estructuralismo o la teoría crítica.

Preferimos sin embargo una selección más estricta, esperando la suerte que esas corrientes vayan a tener en Colombia. Pero es un acto elemental de justicia reconocer que algunos textos excluidos poseen todos los méritos que les hemos reconocido a los que conforman este volumen.

R.S.M.